Un Apóstol de la Cultura: García Monge

Por *Max HENRÍQUEZ UREÑA*

Al morir Joaquín García Monge pierde la América española un apóstol de la cultura. Contaba ya setenta y siete años: había nacido en Costa Rica en 1881. Se inició a los dieciocho en las letras, glosando en forma narrativa temas folk'óricos de su tierra; y en 1900 dió a la estampa su primer libro, *El moto*. Otros vinieron después, pero no era la de escritor su principal actividad: se había impuesto a sí mismo, desde temprano, la obligación de difundir la cultura en nuestra América mediante la pub'icación de libros que fueran de fácil adquisición y manejo, por su formato y por su costo, y si en algo podía importarle el producto de su venta era para tener los medios de imprimir otros más. Así nació y prosperó la *Colección Ariel*, iniciada en 1909. Poco después vino otra: *El Convivio*, a la cual se agregaron las *Ediciones Sarmiento* y las *Ediciones de autores costarricenses* (que incluyeron obras de Roberto Brenes Mesén, *Carmen Lyra*, Rómulo Tovar, Octavio Jiménez, Manuel González Zeledón y el propio García Monge). En esas colecciones, que debían incluir, según declaraciones de su editor, obras «de los buenos escritores de todas las naciones y épocas», abundaban los nombres de egregios representantes del pensamiento americano: José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Julio Herrera y Reissig, *Almafuerte*, Leopoldo Lugones, Carlos Guido y Spano, Santiago Pérez, Enrique José Varona, Antonio Zambrana, Manuel Díaz Rodríguez, José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Rafael Arévalo Martínez, Carlos Vaz Ferreira, José María Chacón y Calvo, José Vasconcelos . . .

Paralelamente a esa abundante labor editorial que tuvo resonancia y circulación en toda América, García Monge dió comienzo en 1919 al empeño que mayor relieve dió a su personalidad: la publicación del *Repertorio Americano*. Al amparo de ese título, que un siglo antes había ideado Andrés Bello para un intento semejante, García Monge se propuso recoger, día a día, las manifestaciones más relevantes de los hombres de pensamiento de nuestro tiempo en la América española. Con tino de maestro avezado a las buenas lecturas, García Monge tomaba, de los periódicos y revistas del Continente, todo lo que atesoraba superior interés para el pensar y el sentir de nuestra América. El *Repertorio*, que él hacía llegar a los escritores representativos de la cultura continental, era un guión o índice necesario para que los pueblos de América se conocieran mejor unos a otros. ¿Quién, de otro modo, podía estar *al día* en cuanto a las manifestaciones del pensamiento americano? ¿Podían llegar acaso a todas las manos las publicaciones periódicas de veinte países, para que cada lector, después de revisarlas, desentrañara de ellas lo más importante? Esa labor era la que realizaba García Monge para que los demás se beneficiaran con ella: clasificaba, valoraba, escogía; y desde las páginas del *Repertorio* echaba a volar el fruto de su rebusca . . . ¿Qué el sabio humanista ecatoriano Remigio Crespo Toral disertaba en la Universidad de Cuenca sobre temas de su predilección? Pues el *Repertorio* recogía su magnífico discurso, escrito «a la antigua y sabrosa manera», según comentaba García Monge al ponerle su aval, dándolo así a conocer a quienes, por no recibir periódicos del Ecuador, no habrían podido saborearlo. ¿Que un diario de provincia publicaba en Cuba un editorial sobre la destrucción imprudente de las reservas forestales? También lo reproducía en sus páginas el *Repertorio*, aunque, por su misma índole de artículo editorial, no lo respaldara firma alguna que hubiera podido influir en el ánimo del seleccionador.

El *Repertorio* vocero y acervo de la cultura continental, era un medio de comunicación y de información que se había hecho indispensable para cuantos quisieran conocer y aprecir el movimiento de las ideas en la América española: era algo así como un *clearing house* de la producción intelectual hispanoamericana.

¿No supone todo esto un trabajo capaz de abrumar a quien no tuviera la pericia excepcional de García Monge para desentrañar de la ganga inútil el oro puro? A su mesa llegaban periódicos y libros de todas partes, en copiosa profusión. García Monge, tijera en mano, seleccionaba, día tras día, lo que pudiera ser digno del *Repertorio Americano*.

Alguien dijo una vez—no creo que con torcida intención, sino admirativamente—que a García Monge debería erigírsele una estatua esgrimiendo una tijera en la diestra, puesto que la suya era «la primera tijera de América». Labor de tijera podía ser o era en efecto la de García Monge, ¡pero qué tijera pensante, que sabía depurar y valorar!

García Monge, según me dicen, sonrió al conocer la frase, que, cualquiera que fuese su intención o alcance, envolvía un cumplido elogio, pero no sin melancolía recordó que había publicado varios libros de su exclusiva y personal cosecha. Ahí estaba *El moto* (1900), su primer ensayo narrativo de la época juvenil; ahí estaba otra narración suya de los veinte años, *Hijas del campo* (1901); ahí estaba *Abnegación* (1902); ahí estaba también, obra de madurez, la colección de cuentos *La mala sombra y otros sucesos* (1917). Había pasado el tiempo y, consagrado al *Repertorio*, sólo rara vez producía algún artículo suelto. ¿Habían caído en el olvido, a causa de no haber perseverado en sus empeños de creación propia, aquellos libros suyos, que tuvieron su inspiración y su origen en el folklore y en las costumbres del pueblo costarricense?... Quizás, y por ello, Luis Alberto Sánchez escribió para *Cuadernos Americanos*, en mayo de 1950, un ensayo con este título: *Joaquín García Monge, novelista ignorado*. No era, sin embargo, un ignorado; sí en todo caso, un olvidado.

No merecía ese olvido. García Monge se cuenta entre los escritores costarricenses que mejor explotaron la rica veta del folklorismo nacional. En ese campo fué uno de los primeros en el tiempo y en la calidad. La primacía, en el orden del tiempo, parece corresponder a Manuel González Zeledón (1864-1936), el popular *Magón*, a quien se deben tan valiosas páginas de auténtico sabor local, aunque las ordenó y recogió tardíamente, y fué el propio García Monge quien se encargó de editar en 1911 un volumen encabezado por *La propia*, cuadro lleno de admirable verismo. También merece recordarse Claudio González Rucavado (1878-1929), autor de las animadas *Escenas costarricenses* (1906). Después vino María Isabel Carvajal (1888-1949), más conocida por su seudónimo de *Carmen Lira*, con sus encantadores *Cuentos de mi tía Panchita* (1920), editados también por García Monge.

Esos cuatro nombres son los que pueden citarse en primer término cuando se hable de literatura folklórica costarricense; pues el insigne Ricardo Fernández Guardia (1867-1950) lo que hizo en sus afamados *Cuentos ticos* (1901) fué reproducir, ajustándose a un patrón muy siglo *XIX*—a

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "